

Estimat Pere

Uns mots breus, abans de sortir cap a un parell de dies de descans, que necessito, a fe, perquè he passat una setmana de feina i de gent a casa esgotada. Encara que brament vull contestar la teua del 5, o més no per evitar interrupcions que es cometexen en silencis massa llargs, i per fer-te arribar el proleg a La llum en el yunque. Tu l'has guanyat, per dir-me i repetir-me que l'agrada com assagista!

Aquest proleg és la celebració que em faig jo mateix en el meu vint-i-cinc anys de cessament amb la poesia (el festeg interior, no val), que coincideix amb la unió amb Ama. Doble efemèride, doncs. El senti no volia que aquesta fita d'anys i obra quedés sense eco, com hauria quedat si, sincerament, l'editorial Era no m'hagués demanat el llibre. Però d'Itaca, res...

No esmentaré ullals crítics envers L'ombra de l'atavisme, que a l'hora d'ara ja em deu haver arribat. Però et parlaré amb l'apunt a la mà, com sempre, Pere.

L'Ama torirà als premis de la nit de Santa Llúcia.

Rep una forta abraça i del teu econòmic

Just

PROLOGO

Una antología de su propia obra, para el poeta, representa, a los veinticinco años de su quehacer, como es mi caso, un problema capital: ¿qué salvar -más que antológicamente sería adecuado, tal vez, decir ontológicamente- de una obra en la cual los inevitables balbuceos iniciales se entreveran, en el puente del ~~puente~~ tiempo, con la voz que se ha ido articulando con la vida vivida, el desarrollo del espíritu y las exigencias de honda artesanía que todo material reclama si ha de ser labrado o levantado por una conciencia de duración? Si no es posible ser fiel, literariamente, a lo fragmentario e inmaduro, ¿cómo debe considerarse, por ejemplo, cada nueva redacción de un poema determinado? Hay, por una parte, la necesidad del artista de adecuar ciertos elementos de creación que son para él todavía vigentes a formas ~~nuevas~~ más vivas, más eficaces o más perfectas; y por otra, la decisión radical de recrear totalmente una obra que siente caduca y virtual, pero que, milagrosamente, tras haber hilado sus oscuras metamorfosis, puede llegar al instante del estallido de oro de su verdadera epifanía.

Sé los riesgos que esto implica, pero más de una vez me he decidido a correrlos, convencido de que la piqueta de los derrumbes es la aliada de la nueva casa que se levantará.

Creo que en todo antólogo hay algo de sentenciador de ruinas y, también, de augur de vuelo y canto. Y he aquí que ahora, yo que a menudo he tenido que ser el antólogo de otros, me veo en el trance de ser el oidor de mí mismo. Volviendo la cabeza he de mirar por encima de mi hombro hacia mi obra hecha con ojo que quisiera de profeta, para no errar en lo que el tiempo -si no lo hunde todo- podrá un día convertir en imprescindible. En todo caso, habré hecho el balance de mis preferencias y habré dado testimonio de mi rigor. Es ley que en el corazón de toda obra more una mística de futuro:

Frères humains qui après moi vivez
n'ayez les cœurs contre moi endurcis...

(François Villon)

No me atrevería a titular La luz en el yunque una antología de "mis mejores versos", aunque no he incluido en la selección ningún poema que considere sin vigencia para mí ahora. Antológicamente, he tenido que eliminar partes -sobre todo de los poemas largos- que no he considerado esenciales para el contexto de una acción con el fin de dar cabida a poemas ~~más~~ aislados necesarios como ejemplo de una etapa sin la cual no podría comprenderse la siguiente. Nunca se salta desde el aire. De Canto Corporal (1938), mi primer libro de poesía, he dado únicamente, y es mucho, un poema entero, El hijo en el frente, y dos cortos fragmentos de El Nuevo Día. Sellado por la hora histórica de mi Cataluña durante la guerra civil, el libro se vinculaba emotivamente a clamores y sangres, con mengua natural, cuando se intentaba, de todo otro acento al margen de lo que podríamos llamar una conciencia de "línea de fuego", que se prolongó desde los primeros meses de exilio en los campos de concentración de Francia hasta El árbol de fuego (1946), obra de un múltiple existir de aguas mezcladas, de donde parten las líneas esenciales que llegarán a Odiseo, Quetzalcoatl, Marsias y Adila y Ecce Homo. De Odiseo, compuesto de pequeñas unidades cerradas en ellas mismas, en verso, prosa y teatro, doy los siete fragmentos que creo más característicamente épico-líricos. Por lo que se refiere a Quetzalcoatl y a Marsias y Adila, aunque no entrego completos estos dos largos poemas, los considero enteros en tanto que lo excluido no era imprescindible para que no se hundieran las estructuras de su desarrollo épico. De Ecce Homo me duele la ausencia de cuatro de las nueve Elegías.

¿Qué es la poesía para mí? Para decirlo primero en una sola frase: la esencia del sentido de la vida total fundada mediante la palabra que transmuta y transmite. Esto como un principio que ha de buscarse sus límites. En tres ocasiones especialmente he intentado otros deslindes de la poesía -o mejor, de lo que desearía que fuera la verdad de mi poesía-, cada uno de los cuales completa y desarrolla el anterior. Los cito a continuación, también antológicamente, sin entrecomillar, porque no quiero prescindir de la libertad de poder enmendarlos.

En Diálogo de mis dos voces, empiezo con la afirmación de que la poesía más que hablarla hay que hacerla, como una praxis del alma. El poeta siente aversión contra la primera persona del singular, porque la materia del canto le pertenece. Más que como una magia literaria operante, el ~~espíritu~~ espíritu de la poesía vive como palpitación, nacerencia y nostalgia en todas las criaturas humanas. Se accede a ellas por muchos caminos, y a ellas van dirigidas las palabras que forjadas en una gran soledad solidaria, en aquella intimidad abierta donde desfilan los grandes sueños reales y las vastas intuiciones, crean una inmensa compañía. Una poesía donde el hombre pueda instalarse, y que no sea una cosa tan pura que no pueda coexistir con las condiciones de la vida, contrariamente a lo que afirma Valéry. Y no solamente coexistencia, sino también co-herencia. Cuando una de mis dos voces pregunta a la otra, un poco a lo Juan de Mairena machadiano, por qué he escrito yo - que es ella misma, claro está- el poema Marsias y Adila, el poeta contesta: "para llegar a ser lo que soy después de haberlo escrito." El poeta escribió Marsias y Adila porque en un determinado momento de su vida dicho poema era una manera esencial e indeclinable de vivir, se le había convertido en la única posibilidad de fundarse en el ser dentro del espíritu mítico. El mito, para el poeta, es la verdad misma que se ofrece para ser vivida desde dentro, con una idea de temporalidad y de eternidad a la vez. En todo el mundo hay signos y evidencias de la voluntad mítica del nuevo hombre auroral. A través del mito, el hombre busca los principios de participación y totalidad. No se trata de hacer bailar al viejo buey del mito sobre una telaraña, sino de crear la belleza social de nuestra época. Los nuevos mitos vendrán: los valores vitales. ¿Entonces? Entonces una poesía coherente, de co-herencia, como he dicho antes; una lógica que incluya el misterio y las grandes imágenes vivenciales; la palabra diurna que no capitula, no la sepulturera estética de los crepúsculos; obras que sean los libros de los años y de los sueños de la vida...

Mi conferencia de Yale (abril de 1961) sobre los temas de la vida y de la muerte en la poesía de Machado, García Lorca y Miguel Hernández, terminó con la afirmación de que toda auténtica poesía cree más en la vida ~~humana~~ que lo que confiesa, incluso cuando el poeta hace una profesión de la angustia o se enorgullece de ser maestro de oscuridades. El verdadero poeta está tan alejado de la fanfarronería de las sombras y de la Nada como del éxtasis rimado que puede provocar todavía la contemplación de una mariposa. Sabemos que la Masa ha muerto y que la poesía es como una gran casa con muchas ventanas, a cada una de las cuales se asoma un rostro diferente de la Vida. No quiero decir con ello que ya ha llegado la hora de componer cantos epitalámicos a la feliz Pareja Neón o rugientes odas a las Alas Retropulsoras. No. Cada siglo tiene su chatarra retórica. Pero sabemos que ningún poeta se salva traicionando los trabajos y los días del hombre. Sabemos que el alma está también sujeta a la ley de la gravedad y de la gravidez, y que la palabra que más se eleva es la que más pesa. ¡Sabemos que las savias no se rinden! La historia sangra y canta en el hombre. Así el poeta, en quien el destino se funda y funde en el verbo. Por eso, más que ser el corifeo del "sonido y la furia" de su época, lo que importa es que el poeta responda con su boca profunda a los actos que se desarrollan en la escena del corazón del

mundo, hecha mitad de luz, mitad de sombra, mitad de vida, mitad de muerte, y que sepa haver cotidianas las estrellas y vestir de eternidad lo real. En la acción, en las batallas de las ideas y de los hombres, en la guerra, siempre llega el momento del cese el fuego. Pero en poesía nunca acepto que pueda decirse: ¡cese la luz!

Hace un año, en la primera nota a mi último libro, Ecce Homo, insistí con una ampliación del tema huido, abrupto y allegado. Decía -y digo- que mis Elegías -y en general todo el sentido de mi obra- eran existenciales en tanto que existencia significa destino e integra para el poeta una filosofía agonal del hombre presa del sentido de la tierra. Ser, el ser, consistiré en una toma de posesión espiritual de la realidad, de una realidad susceptible de ser transformada en alma, en recuerdo vital. Así, la nada, la angustia, la soledad, el otro, lo absurdo, incluso la misma muerte, serán nociones y conceptos desbordados por una conciencia nupcial de la vida y por la certeza de que la tierra está ahí en disponibilidad abierta. El poeta ha procurado acercarse de nuevo al evangelio del hombre, esta vez -y sin que ello implique una colisión real entre el espíritu lírico y el épico- mediante la concreta persona del singular, el yo del hombre-poeta que canta su temporalidad como un mito encarnado en él. Toda conciencia histórica es trágica. El poeta, en la captura de los contenidos de su tiempo, da siempre más que lo que toma: la profundidad iluminada de sus proporciones internas. Si hay un dios en su poesía no ha de interpretarse en ningún sentido dogmático religioso, ni siquiera mitológico: representa el espíritu de la creación. Es en esta zona donde la poesía tiende a ir más allá del lenguaje para convertirse en cifra unitaria del espíritu, como si buscara hundirse en el misterio de la música, lejos de la voluntad discursiva y cerca de aquel silencio interior que reclama ser maravillosamente sorprendido por una gran felicidad cósmica. Ello no implica, ni mucho menos, una apología de lo irracional considerado como elemento poético libre y puro. El poeta sabe muy bien que la poesía no ignora que la locura tiene su lógica, y que ésta a veces sufre de enajenación. Pero Casandra nada tiene que ver con mostrancas mecánicas oníricas. En la lengua del poeta no pesan bayes muertos. Arada lengua. El canto lo hace y lo cambia: su verdad profunda le ha sido dada no de una inspiración, sino más bien de una aspiración en la cual la voz sólo colabora. La verdad es mito y el mito es verdad. La voluntad de la raíz es: repetir el fruto para enriquecer la tierra donde está hundida. El canto de Orfeo creaba oídos en la roca. La poesía llena lo que penetra: vierte en la entraña la misión de la primavera, el peso de lo eterno y la madurez del astro. Todo amor quiere la pureza de su desnudez.

De una cosa estoy seguro sobre este volumen autoantológico: no haber dado andadura a un cuerpo de mi poesía martirizado por deformación. Aquí me veo a mí mismo de pie en mi siglo y de bruces el espíritu sobre el corazón, "donde me heredo..." La cantante luz sobre el yunque puede ser un duro martillo empuñado por el rojo brazo de la historia o el primer rayo con que termina la difícil aurora. Dylan Thomas me expresa cuando dice: "Me afano por la luz que canta, / no por ambición o por pan..."

El son que convoca nos hermana. Para que nos conozcamos no son necesarias las filiaciones. La identidad es: hombre y tierra y palabra de los rescates. Y el temblor de las fraternidades. He podido escribir en soledad, pero nunca solo, porque bastaba que no fuera así mi anhelo de fundar mi vida poética sobre lo humano, en mis horas coronadas de hierro, teniendo a un lado a mi hermana la encendida lámpara, cordera del gran rebaño disperso de los vigías de la noche, y al otro el "niño ebrio de lluvia" que sigo siendo aún, indemne y cicatrizado y amoroso...

Agustí Bartra